

salir en seguida. Esperaría á Basilio en el *Paraiso*.

Fué al comedor y bebió un vaso de agua de pie y aprisa.

—¿La habrá dado algo á la señora Juliana?—vino á decir Juana.

Luisa se encogió de hombros y respondió:

—Ya se sabrá.

Era la una y media y buscó su sombrero. Le latía el corazón, y, á pesar del temor de ver á Juliana volver á casa, no se atrevía á salir; se sentó con el saco de mano entre las rodillas.

—¡Vamos!—se dijo al fin.

Levantóse y entró en la alcoba: la bata y las zapatillas estaban caídas sobre el felpudo.

—¡Qué desgracia!—murmuró.

De pronto, marchó á la sala, sacó del álbum el retrato de Jorge y lo puso temblando en el saco de mano. Miró aun con desvarío y bajó la escalera corriendo.

Pasaba un coche de alquiler, le tomó y dió las señas del Hotel Central.

—El señor Brito salió muy temprano—dijo obsequiosamente el portero.

Había llegado algún vapor, porque metían equipajes, baúles cubiertos de barniz, cajas con forro de hierro; algunos pasajeros, con el aire espantado de la llegada y aun mareados del mar, hablaban y llamaban. Aquel movimiento la animó; sintió deseos de viajar, de oír el ruido nocturno de las estaciones ó de las alegres partidas matutinas sobre la toldilla de los vapores.

Dió al cochero las señas del *Paraiso*. Según iba, le parecía que toda su vida pasada, Juliana y la casa, se esfumaban y palidecían sobre un horizonte abandonado. En la puerta de una librería creyó entrever á Julián y se ocultó; no le vió bien y lo sintió

luego. Se iba sin ver á un sólo amigo de casa. Todos, Julián, Ernestillo, el Consejero, doña Felicidad, le parecían ahora adorables. ¡Y el pobre Sebastián, tan buenol! ¡No volvería á oírle tocar *la malagueña*!

Al final de la Rua d'Ouro, tuvo que pararse el coche y vió Luisa á Castro, al Castro de los lentes, el banquero, del que decía Leopoldina que estaba apasionado por ella; un granujilla le ofrecía décimos y Castro, con los pulgares en las sisas del chaleco blanco, embromaba al chico con desdén de ricacho, lanzando miradas á Luisa á través de sus lentes de oro. Ella observábalo de reojo... aquel hombre la deseaba... ¡Qué horror! Lo hallaba antipático, panzudo. El recuerdo de Basilio y su buena figura la asaltó, y tocó en el vidrio impaciente por verle.

El coche echó al fin á andar... Todos quedaban entre sus familias y sus dichas; ¡sólo ella se iba!

Por la Rua Occidental vió aproximarse á doña Camila, señora casada con un viejo, y célebre por sus encantos. Se adelantaba con el rostro satisfecho, lánguida, paseando á sus niños y llevando delante un ama vestida de pasiega, que empujaba un cochecito en el que iba un bebé. Camila iba feliz por la calle enseñando su prole adulterina, y era celebrada; nadie la infamaba y daba *soirées*.

—¡Qué mundo!—pensó Luisa.

Paró el coche á la puerta del *Paraiso*. La ventana estaba cerrada. Apareció la dueña diciendo que lo sentía mucho, pero que el señor tenía la llave y que si quería descansar la señora... En aquel momento se oyó otro coche y apareció Basilio subiendo las escaleras.

—¡Por fin viniste!—exclamó abriendo la puerta.—¿Por qué no te vi aquí anteayer?

—¡Ah! ¡si tú supieses!

Le cogió por los brazos y le miró intensamente.

—Basilio... ¡estoy perdida!

—¿Qué ocurre?

Luisa arrojó el saco de mano sobre el canapé y le contó la historia de la carta, el robo de las otras y *la escena...*

—Sólo me resta huir, llévame contigo. Muchas veces me lo has dicho, estoy dispuesta. He traído ese saquito con lo más preciso, pañuelos, guantes... ¿eh?...

Con las manos en los bolsillos Basilio la escuchaba, asombrándose de sus gestos y de sus palabras.

—¡Eso sólo te ocurre á tí!—dijo.—¡Qué locura, mujer! ¿Vas á huir por eso? ¿Qué hablas de huir? Es cuestión de dinero, que es lo que ella quiere. Averigua lo que pide y se le paga.

—¡No, no!—exclamó Luisa— ¡no puedo quedarme! Esa mujer venderá las cartas, pero guardará el secreto y podrá hablar. No tengo valor para volver á casa. No tendría momento tranquilo en cuanto Jorge regresara. ¿Nos vamos hoy, verdad? Sino, mañana. Yo me iré á alguna fonda ignorada y pasaré la noche, pero vámonos mañana. ¡Si él lo sabe, me mata, Basilio! ¡Dime que sí!

Y se cogía á él pidiendo ansiosamente con los ojos su consentimiento.

Basilio se apartó suavemente.

—Estás loca, Luisa, no estás en tí. ¿Puedes pensar eso? Sería un escándalo atroz y estaríamos acosados por la policía y el telégrafo. ¡Imposible! ¡Eso de huir es bueno para las novelas! Además el caso es sólo cuestión de dinero...

Luisa palideció al oírle.

—Además —prosiguió Basilio agitado— no estoy preparado ni tú tampoco. No se huye así como así. La mujer que huye deja de ser doña Fulana para convertirse en *la Fulana*, una que se escapó, una

desvergonzada. Yo tengo que volver al Brasil, ¿y dónde quedas tú? ¿Quieres ir un mes en un vapor y desafiar la fiebre amarilla? ¿Y si tu marido nos persigue y somos detenidos en la frontera? ¿Te parece bien volver entre policías y pasar un año en Limoeiro? Lo que te ocurre es sencillo; entiéndete con esa mujer, se le dan un par de libras esterlinas, que es lo que quiere, y te quedas en tu casa, tranquila, respetada, y algo más previsora: esto es todo.

Aquellas palabras cayeron sobre los proyectos de Luisa como el hachazo sobre el árbol. La otra sabía su secreto, amargaría su vida y tendría siempre en torno suyo aquel peligro.

Se calló, como abstraída en vaga meditación y dijo de pronto con la mirada brillante:

—Entonces, ¿qué...?

—Ya te he dicho, hija...

—¿No quieres?

—¡No! —dijo brutalmente Basilio.— ¡Si tú estás loca yo no!

—¡Ay pobre de mí!

Cayó sobre el sofá y se tapó la cara con las manos. Sollozos comprimidos levantaban su pecho.

Basilio se sentó á su lado. Aquellas lágrimas le mortificaban é inquietaban.

—¡Pero escúchame, por Dios!

Luisa volvió hacia él los ojos brillantes por el llanto.

—¿Por qué me decías que seríamos tan felices si yo quisiera?

Basilio levantóse bruscamente.

—Pero ¿has pensado en huir conmigo, vivir en París, ser mi amante?...

—Yo he salido de casa para siempre...

—Pues lo mejor es que vuelvas á ella—exclamó Basilio colérico.—¿Por qué huyes? ¿Por amor? Pues

debimos haber marchado hace un mes; ahora no hay razón. ¿Por evitar un escándalo? Damos un escándalo mayor entonces, un escándalo irreparable. Te hablo, Luisa, como tu mejor amigo. Y agregó cogiéndola cariñosamente las manos:

—¿Crees que no sería feliz si vinieses conmigo á París? Pero tengo experiencia y veo las consecuencias. Todo este escándalo se evita con dinero. ¿Crees que la mujer se ha ido para hablar? Su interés está en desaparecer; sabes perfectamente que te robó con llaves falsas... pues la cuestión es pagarla.

—¿Y dónde tengo yo dinero?—dijo Luisa lentamente.

—Claro es que lo tengo yo—dijo Basilio,—no mucho, porque estoy un poco atrasado, pero en fin...— Dudó un instante y murmuró:—Si pide doscientos *reis*, se le dan.

—¿Y si no quiere?

—¿Pues no ha de querer? Si robó las cartas, fué para venderlas, no por guardar un autógrafo tuyo.

Pensó Basilio palabras duras paseando irritado por el cuarto. ¡Qué pretensión tan tonta querer ir á París para servirle de estorbo! ¡Y qué estupidez dar un puñado de dinero á una ladrona! Desde aquel incidente, la carta robada, la criada, la falsa llave del ropero, todo le parecía sobrenatural ó mejor dicho, soberanamente cursi. Se paró y dijo para terminar:

—En fin, ofrécele trescientos mil *reis* si te parece; pero ¡por amor de Dios no hagas otra, porque no estoy para pagar tus distracciones á trescientos mil *reis* cada una!

Luisa se puso lívida, como si la hubiese escupido en el rostro.

—¡Si es cuestión de dinero, yo pagaré, Basilio!

No sabía cómo... ¿Qué importaba? Pediría, trabaría, empeñaría... pero no lo aceptaría de él.

Basilio se encogió de hombros.

—¿Y dónde tienes tú ese dinero?

—¿Qué te importa?—replicó Luisa.

Basilio movió desesperado la cabeza y tomándola las manos dijo con reprimida impaciencia:

—Estamos diciendo tonterías é irritándonos, hija mía. Tú no tienes dinero.

Ella le interrumpió y cogiéndole con fuerza el brazo, dijo:

—Bueno, pues habla á esa mujer y arréglalo todo; yo no quiero verla. Si la viera me moriría, créeme. Háblala tú.

Basilio retrocedió y dando con el pie en el suelo exclamó:

—¡Estás loca, vamos! Si la hablo yo me va á pedir hasta la piel. Eso es cosa tuya; yo te doy el dinero y tú te arreglas con ella.

—¿Ni eso quieres hacer?

—¡No! ¡Con mil demonios!—dijo Basilio sin poder contenerse.

—¡Adiós!

—¡Estás fuera de ti, Luisa!

—¡Nó!—decía trémula bajándose el velo.—La culpa es mía y yo debo arreglarlo todo.

Y abrió la puerta. Basilio corrió hacia ella y la tomó por el brazo.

—¡Luisa! ¡Luisa! ¿Qué vas á hacer? No podemos romper así; escucha...

—¡Huyamos, pues, y me salvas del todo!—dijo Luisa abrazándole ansiosa.

—¡Dale! ¡Te estoy diciendo que no es posible!

Luisa cerró la puerta y bajó corriendo las escaleras. El coche la esperaba.

—Hacia Rocío—dijo al cochero.

Y recostándose, rompió á llorar convulsivamente.

Basilio salió del *Paraiso* muy agitado. Las pretensiones de Luisa, sus terrores y la trivialidad de la cosa le irritaron tanto, que pensó no volver al *Paraiso*. Pero le daba lástima. Sin amar á Luisa, la deseaba; era tan bien formada, tan cariñosa... ¡Y las revelaciones del vicio la daban tan adorable delirio...! Era además una aventura para cuando estuviere en Lisboa... ¡Maldita complicación!

Al entrar en el Hotel, dijo al criado:

—Cuando venga el vizconde Reynaldo, que le espero en mi cuarto.

Habitaba en el segundo piso, con ventanas al río. Bebió *cognac* y se tumbó en el sofá. Al lado, en la jaadinera, tenía su *buvard* con monograma de plata bajo corona de conde; cajas de cigarros, libros... *Mademoiselle Giraud, ma femme*,—*La vierge de Merville*,—*Les frippones*,—*Mémoires secrètes d'une femme de chambre*,—*Le chieu d'arrêt*,—*Manual du chasseur*, números del *Figaro*, el retrato de Luisa y la estampa de un caballo.

Fumando, empezó á considerar con horror la *situación*. ¡No le faltaba más que irse á París con aquella impedimenta! ¡Qué descaró! Toda aquella

aventura fué desde su principio una equivocación. Debió haber ido á Lisboa á arreglar sus asuntos, estarse en el Hotel Central, tomar el vapor y mandar al infierno la patria. Sus asuntos estaban terminados y él, grandísimo tonto, se quedaba en Lisboa. Para eso hubiera sido mejor traerse de París á Alfonsina. Pero el episodio le fastidiaba ya; lo más razonable era, sin duda, ausentarse.

Había hecho su fortuna en el alto Paraguay; la grandeza de la especulación trajo la formación de una compañía con capitales brasileños; pero Basilio y algunos ingenieros franceses querían rescatar las acciones brasileñas, que eran *un estorbo*, formar otra Sociedad en París y dar más atrevido movimiento al negocio. Basilio fué á Lisboa á entenderse con los brasileños y compró hábilmente las acciones. La proclamación de aquel incidente amoroso era una perturbación en su vida práctica, y ahora que la complicación tomaba feo aspecto, era conveniente eliminarse.

Se abrió la puerta y entró Reynaldo fatigado, con lentes azules. Venía furioso.

Llegaba de Bemfica, muerto, con aquel calor propio de un país de negros. Había tenido la estúpida idea de ir á ver á una tia que le había hecho miembro de una congregación y le había predicado moral. Idea de colegial la suya de ir á verla. Porque si había algo que le repugnase eran las ternuras de familia.

—¿Para qué me llamabas? Me voy á meter en el baño hasta la hora de comer.

—¿Sabes lo que me sucede?—dijo Basilio levantándose.

—¿Qué te sucede?

—Aciértalo: la cosa más estúpida...

—¿Te pescó el marido?

—No; la criada.

—¡*Schocking!*—exclamó con enojo Reynaldo.

Basilio contó detalladamente *el caso* y terminó cruzándose de brazos:

—¿Y qué hago ahora?

—Ecurrirte—dijo el otro levantándose.

—¿Adónde vas?

—Al baño.

Dijo Basilio que esperase: quería hablar con él...

—¡No puedes!—dijo con malhumorado egoísmo Reynaldo.—Ven tú abajo. Se puede hablar en el agua también.

Y salió llamando á su criado inglés, William.

Cuando Basilio bajó, Reynaldo estirado en una pila de la que se desprendía un fuerte olor de agua de Lubin, le dijo deleitándose en aquel *confort*.

—¿Conque una cartita robada?

—Francamente, Reynaldo: estoy preocupado. ¿Qué debo hacer?

—¡Las maletas, hijo!

Y sentándose en la pila y jabonando su cuerpo flaco:

—¡Esas son las consecuencias de hacer el amor á las primas!

—¡Oh!—dijo Basilio impaciente.

—¿Qué?—exclamó Reynaldo.—¿Te parece bien una mujer que toma por confidente á la cocinera, que pierde una carta, que llora y pide doscientos mil reis y que se quiere echar el cuerpo fuera? ¡Ni eso es querida, ni es nada! ¡Una mujer que usa medias de algodón, según dices tú mismo!

—Pero es una mujer deliciosa.

El otro, incrédulo, se encogió de hombros.

Basilio le adujo pruebas: describió ocultas bellezas de Luisa y citó lascivos episodios.

Al techo y las paredes estucadas reflejaban la luz

con los tonos mates de la leche; el vaho del agua templada; el calor, y un fresco aroma de jabón y agua de Lubin, impregnaban el ambiente.

—Bueno, estás enamorado—dijo Reynaldo sentenciosamente, estirándose con fastidio.

Basilio rechazó tan grotesca suposición.

—Pero, vamos á ver, ¿quieres quedarte cosido á sus faldas, ó quieres desembarazarte de ella? ¡La verdad!

—Yo—dijo Basilio—quisiera desembarazarme decentemente...

—¡Desgraciado! Pues tienes un motivo que ni pintado. Ella se fué como una loca, según dices. Bueno: pues dile en una carta que "viendo que ella quiere romper, no la molestas más y te vas." ¿Tienes arreglados tus asuntos? Excusas negar, porque Lapierre me lo ha dicho. Bien: pues sé hombre; manda hacer los baúles, y líbrate de esa plaga.

Y tomando la esponja, dejó caer chorros de agua por la cabeza y hombros, resoplando con voluptuosidad.

—¡Pero dejarla en su apuro con la criada!—dijo Basilio.—Al fin es mi prima.

Reynaldo movió los brazos con risa estrepitosa.

—¡Ese espíritu de familia es magnífico! Mira, vete, y dila que tus asuntos te obligan á esto, y ponla unos cuantos billetes en la mano.

—Eso es brutal...

—¡Y caro!

Basilio replicó:

—Mira que también es triste que la pobre chica esté cogida por la criada...

Reynaldo se estiró más, y dijo con alegría:

—¡Quién sabe si estarán arañándose á estas horas! Se recostó con beatitud.

Basilio veía la sala de Luisa, la horrible figura de

Juliana con su enorme redecilla... ¿Estarían riñendo efectivamente? ¡Qué *cursi* era todo aquello! Positivamente debía irse.

—Pero, ¿qué pretexto la doy para salir de Lisboa?

—Un telegrama. ¡No hay nada como un telegrama!

—Telegrafía á tu encargado en París, á Labachardie, ó Labachardette, como se llame, y dile que te ponga este parte: "Venga usted; negocios van mal, etc." ¡Es lo mejor!

—Voy á hacerlo—dijo Basilio, levantándose decidido.

—¿Y nos iremos mañana?—preguntó Reynaldo.

—Mañana, sí.

—Por Madrid.

—Corriente; por Madrid.

—¡Salero!—dijo Reynaldo poniéndose de pie en la pila; se escurrió con movimientos de calofrío, saltó fuera y se envolvió en la sábana turca.

Su criado William entró, se arrodilló, le secó un pie con grandes precauciones y se puso á calzarle respetuosamente el calcetín de seda negra con iniciales bordadas.



Poco antes de las doce del día siguiente, Juana fué á tocar discretamente á la puerta del cuarto de Luisa, y con voz baja—desde el desmayo la hablaba bajo, como á un convaleciente—dijo:

—Está ahí el primo de la señora.

Luisa se sorprendió; estaba aún en *robe de chambre* y tenía los ojos rojos del llanto, se puso polvos de arroz, se alisó el cabello y entró en la sala.

Basilio, vestido de claro se sentó en la banqueta del piano. Con aire grave y sin transición empezó á decir que á pesar de haberse ella enfadado, creía él que todo estaba como antes, y únicamente sin resolver el asunto de las cartas. Y como conteniendo las lágrimas, dijo:

—Porque me veo obligado á salir de Lisboa, querida mía...

Luisa, sin mirarle, tuvo una sonrisa muda y desdenosa. Basilio continuó:

—Por poco tiempo, naturalmente. ¡Si fuesen sólo mis intereses!... Pero son intereses ajenos... Esta mañana he recibido este telegrama.

Luisa cogió el telegrama y lo miró un momento sin abrirlo; el papel temblaba en su mano.